

CONFERENCIA MONZÓN

Sábado 29 de noviembre de 2025

LA ESPERANZA DEL COFRADE

Isidro Catela Marcos

Profesor de la Universidad Francisco de Vitoria

Soy hijo único. Podríamos pensar, por lo tanto, que no tengo hermanos. Estrictamente, desde el punto de vista biológico, es así. Pero ustedes mejor que nadie saben que no es así. Cofrade, etimológicamente, hunde sus raíces en el latin cum frater, con-hermano, aquel que camina junto a otro en la misma dirección. Y que no camina con cualquiera, sino que camina con un hermano. No es casualidad que la Iglesia, desde sus primeros siglos, haya entendido la vida cristiana como un camino compartido. “Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20). Ser cofrade es, en esencia, vivir esta promesa: no estamos solos, somos parte de una fraternidad que tiene a Cristo en el centro.

Un Cristo que llora diamantes, como en la reciente canción de Rosalía, y que me va a servir como hilo conductor para hablarles de la esperanza del cofrade. Lo voy a hacer en tres partes, a propósito de la letra de una canción poderosa, casi mística en el planteamiento de su relación con Dios, en encuentro personal y comunitario con Cristo, fuente y raíz de toda Esperanza con mayúscula, la esperanza que porta un cofrade, un hermano que lleva a hombros al Cristo llagado, que decía santa Teresa, en el que van los gozos y las sombras de cada hermano, y en los de cada hermano, los de la humanidad que gime dolores de parto.

Solo dos golpes antes de arrancar. Como si fuera el capataz con el llamador antes de elevar al cielo al Cristo doliente. El primero es antropológica y teológicamente tumbativo: no todos seremos padres, pero todos somos hijos. Todos somos hijos. Hijos de un mismo Dios y ese es el fundamento último de nuestra fraternidad. Y dos, nuestra esperanza no es lo último que se pierde, sino lo primero que hay que poner en los ojos antes de mirar al mundo sufriente. La esperanza cristiana, y por lo tanto, la esperanza del cofrade no es un “ahora no, pero en el futuro sí”, sino un “ya sí, pero todavía más”. Por eso es una esperanza que ya saboreamos,

que ya gustamos parcialmente, que ya hace arder nuestro corazón, aun a sabiendas, en el decir agustiniano, de que nuestro corazón estará inquieto hasta que descansen en el Señor. Tenemos ilusión, hermana pequeña de la esperanza, gracias a nuestro carácter futurizo, y gracias a él anticipamos y proyectamos lo que va a venir. La ilusión, aunque no está presente y no es palpable, nos crea a nuestro alrededor un margen de seguridad ante el incierto futuro, y todo ello porque poseemos inteligencia abstracta, es decir, porque somos capaces de pensar. De hecho somos el único animal que piensa, el único animal que baila., el único que reza y el único capaz de vivir la fraternidad en una cofradía. No debemos dejar de desarrollar tan peculiares, divertidas y fecundas capacidades. Pero para desarrollarlas adecuadamente, no basta siquiera la tan manoseada “felicidad”, hay que aspirar a la “plenitud”, que es palabra mayor. No basta la “ilusión”, debemos ir tras la esperanza, inigualable compañera de camino, porque, no nos engañemos, el futuro ilusionante es también el territorio de lo desconocido y, en sí mismo, contiene también amenazas que despiertan temor. La esperanza es, precisamente, el ancla, la que nos permite caminar hacia ese futuro, confiando en aquellos brotes que nos preanuncian la plenitud que anhelamos y que, además, nos permiten vencer los temores. La vida es un barco que atraviesa inviernos. Y en los inviernos hace frío, pero está la lumbre. Y atraviesa veranos, y en los veranos hace calor, pero está la noche.

Si bien nuestra instalación corpórea (estructura empírica) nos remite a un horizonte cerrado, no sucede lo mismo con nuestro núcleo proyectivo que postula la pervivencia. El sentido íntegro de nuestra existencia se cifra en la respuesta a los interrogantes que en su día planteó Miguel de Unamuno. ¿Quién soy yo?¿Qué será de mí?. Si mi vida estuviera abocada a la aniquilación, en última instancia nada tendría sentido. Pero el sentido existe, me es evidente porque lo veo actuar a cada instante. Este sentido nos remite a su fundamento, que no es otro que Dios. Si mi vida ha de tener sentido es precisa la perdurabilidad y continuidad de la misma y la existencia de una nueva estructura empírica que me permita poseer una instalación mundana.

Vuestra esperanza es Cristo muerto y resucitado. Es, en poético título de la canción de Rosalía, un Cristo que llora diamantes.

Escuchamos un fragmento de la canción, desde el inicio hasta el final del primer estribillo
(SUENA LA PRIMERA PARTE DE LA CANCIÓN)

Tres claves, a propósito de la canción, para cantar las excelencias de la esperanza del cofrade, como si de tres breves saetas se tratara.

- Eres el huracán más bello que jamás haya conocido
- Mi Cristo llora diamantes
- Te llevo, te llevo siempre

1. ERES EL HURACÁN MÁS BELLO QUE JAMÁS HAYA CONOCIDO

La esperanza del cofrade, del hermano con los otros hermanos, es una esperanza asombrada. Ha de partir del asombro por lo Creado y por su Creador. Por el Hijo de Dios vivo, el huracán más bello que jamás haya conocido. Apabullante. Me rebasa y yo, pequeño, me inclino, me arrodillo ante uno solo para no tener que arrodillarme ante nadie más en este mundo. Es el asombro por la belleza. Hay versos que funcionan como detonadores interiores. Rosalía abre su canción con una imagen aparentemente contradictoria: un huracán, símbolo de la fuerza desbordada, de caos, y por otra parte la belleza. Huracán y belleza. Lo decisivo en la vida humana llega como irrupción, superando nuestra previsión, como una fuerza que nos obliga a deternernos, mirar y recibir. En clave cristiana, es el alfa, el principio que ha de partir del asombro y es, también a mi juicio, el punto de partida de la fe que acoge el Misterio entendiendo que la vida, antes que otra cosa es don que se recibe, se contempla, se admira; vida que pida un primer canto de alabanza: “Alabadle al son de la trompeta, alabadle con arpa y cítara, alabadle con tambores y danzas, alabadle con cuerdas y flautas” (Salmo 150). Porque la vida es tarea, sin duda, pero antes es don. Nuestra esperanza puede ser tal, porque la vida antes que para ser transformada, está para ser recibida. Es don y tarea, pero es primero don, nos primereña, que decía el Papa Francisco, y así nos pone delante un aperitivo de esperanza cierta.

Hay versos que, sin proponérselo, abren ventanas espirituales. Rosalía, quizá sin saberlo, ha escrito tres imágenes que bien podrían constituir una tríada mística para el alma cristiana y para el corazón cofrade: el huracán bello, el Cristo que llora diamantes, y el “te llevo siempre”. Los tres condensan algo esencial del Evangelio: la fascinación ante un Dios que descoloca, la ternura luminosa del sufrimiento redentor y la fraternidad que nace del peso compartido. En ellos se recoge, sin lenguaje teológico, aquello que la fe nombra como asombro y esperanza. El cristianismo nace del asombro. Es la belleza que nos tambalea, que, en cierta medida, nos deja a la intemperie. Antes que mandamientos, antes que dogmas, antes incluso que costumbres, hay un estremecimiento: No quiero minusvalorar ni los dogmas, ni

las normas, ni las costumbres. Solo decir que antes que todo eso ha de haber un estremecimiento. Alguien irrumpe y cambia la dirección del viento. Los evangelios están llenos de esta experiencia. El primer encuentro de los discípulos con Jesús no es racional: es conmoción, descoloque, un huracán que no destruye, sino que embellece. “¿Quién es este?” se preguntan los apóstoles cuando calma la tempestad (Mc 4,41).

La expresión “Eres el huracán más bello que jamás haya conocido” capta con precisión esa mezcla de fuerza y belleza que define la acción de Dios. Dios no es un viento suave que confirma nuestras inercias: es un viento fuerte que rehace el paisaje interior, como en Pentecostés: “De repente vino del cielo un ruido como de un viento recio” (Hch 2,2). Un viento que levanta, remueve, transforma. Pero este huracán no destruye: es bello. Es la belleza que commueve, la belleza que salva. Como dice el salmista: “Mirad a Él y quedareis radiantes” (Sal 34,6). El cofrade lo ve cuando, ante su paso, siente que algo lo atraviesa y lo rehace. No es sentimentalismo: es una epifanía. Lo ve cuando vive en desde y por la caridad. No nos salvará el conocimiento, sino el amor. O al menos no nos salvará un conocimiento que no esté atravesado por el Amor.

El huracán bello es la irrupción de una Presencia que cambia la vida. Y ese huracán se carga a hombros. Se entra en él. Se participa de su fuerza. El cristianismo es así: del asombro se pasa a la comunión, del estremecimiento a la profesión, de la profesión a la procesión. Al testimonio público de una Belleza que hiere y que salva.

Frente a una espiritualidad puramente individual, el mundo cofrade es profundamente comunitario: uno no entra solo en el huracán; entra con los hermanos. El huracán bello se vive juntos. Por eso la esperanza cristiana no es solitaria, sino coral: nace de caminar bajo un mismo paso, de mirar la misma imagen, de celebrar la Eucaristía juntos, de donarse, en comunidad, a los que más lo necesitan, de cargar un mismo peso. Mi amor es mi peso, que dice san Agustín, pero no en el sentido de una carga o un fardo insopitable, sino el peso (pondus), hacia dónde se inclina mi corazón, que inclina mi balanza del amor.

La fraternidad no es una idea romántica: se siente en el costal, en el hombro, en el corazón. El gesto evangélico por excelencia es éste: llevar juntos. Lo dice san Pablo con sencillez: “Llevad los unos las cargas de los otros” (Gál 6,2). Y también Jesús lo vivió así, cuando dijo: “Vosotros sois todos hermanos” (Mt 23,8). La fraternidad sorprende porque muestra lo mejor del ser humano. Así, la fraternidad que se asombra ante el huracán más bello que jamás he visto, es la condición de posibilidad para que haya esperanza cierta. ¿Qué esperanza vamos a

vivir y a proclamar sino es una esperanza fraternal, es decir una esperanza cum-fratris, cofrade. Allí donde hay fraternidad, donde el otro es un bien, donde se oye “es bueno que tú existas” y “qué bueno que viniste”, allí donde, por lo tanto, el otro no es un infierno, sino un hermano, allí la esperanza encuentra un suelo donde echar raíces y dar fruto. Pensad por un momento quiénes no son infierno en medio del infierno, de vuestros infiernos cotidianos. Iremos por el buen camino si cerráis los ojos y veis a los hermanos cofrades ahí. Si ellos son los que nos infierno en medio del infierno. La Iglesia ha anunciado siempre que la esperanza ha de encarnarse, de vivirse con hechos concretos. De poco sirve proclamar que confiamos en Dios, que el Señor es el ancla que nos sujetá cuando el barco zozobra, si no somos capaces de sostener al hermano más débil, de consolar al que sufre, de poner verdad (siempre) pero con caridad (también siempre), de perdonar al que nos ofendió. Por eso las primeras comunidades eran reconocidas por la forma en la que se amaban. Su fraternidad no era un sistema de apoyo interno, no era una estrategia social, era una epifanía, era una respuesta agradecida a la Pascua. La fraternidad no es simplemente solidaridad o cordialidad, reconoce en el otro a Otro, con mayúscula. Le reconoce una dignidad que proviene de Dios, no de los méritos personales. Y, justamente por eso, es capaz de sostener la esperanza, incluso en tiempos de crisis. Cuando el tejido social se resquebraja, cuando crece la polarización y el cansancio se acumula, la fraternidad nos recuerda que no caminamos solos.

Porque hay herida hay humanidad. Porque hay grieta hay posibilidad de que entre la Luz. Porque hay intemperie hay amparo. Porque hay hermanos, hay Padre común. Hermanos de sangre como Moisés, Aarón y María; los tres participan, con funciones distintas, en la misión más decisiva del antiguo Israel: la liberación de Egipto y la formación del pueblo.

O la fraternidad que sobrevive al dolor de José y Benjamín. La historia de José está marcada por el odio y la envidia de sus hermanos mayores. Pero en medio de ese infierno, su reencuentro con Benjamín, el pequeño, el que nunca participó en traición alguna, ese reencuentro que se nos narra en Génesis 43, 30) es commovedor. El texto dice precisamente eso que se conmovieron, que se movieron el uno hacia el otro, hasta llorar abrazados. El perdón que José ofrecerá después a todos los demás nace, en parte, de ese destello, de esa huella divina visible en la vida de Benjamín, de esa fraternidad intacta que Benjamín representa.

De alguna manera, la fraternidad es la pedagogía de la esperanza. Aprendemos a esperar porque aprendemos a amar. Aprendemos a amar porque hemos sido amados. A partir de aquí, la fraternidad podrá ser discurso, pero no solo ni principalmente un discurso, será discurso encarnado, esperanzado, camino suave hacia ese Reino donde Dios será todo en todos, y que nos anticipa, arrollador, asombroso, el huracán más bello que jamás hayamos visto.

2. MI CRISTO LLORA DIAMANTES

Si el primer verso nos hablaba de la belleza que irrumpió, el segundo nos introduce en la belleza que sufre, la belleza en lágrimas. “Mi Cristo llora diamantes” es una metáfora en la que se revela una intuición profundamente cristiana. El sufrimiento de Cristo no es un dolor oscuro y estéril, sino una luz que brota del amor. Las lágrimas de Cristo no son sólo agua: son diamantes porque del sufrimiento nace la salvación.

El Evangelio lo expresa con una frase breve y directa: “Y Jesús lloró” (Jn 11,35). El llanto de Dios es el punto más alto de la condescendencia divina: Dios no sólo mira nuestro dolor, lo siente desde dentro. Las lágrimas de Cristo iluminaron la tumba de Lázaro, iluminaron el huerto de Getsemaní, iluminaron el camino hacia la cruz. Por eso san Pedro dirá: “Por sus heridas habéis sido curados” (1 Pe 2,24).

El cofrade comprende, quizás como pocos cristianos, que la belleza puede habitar en el sufrimiento cuando es sufrimiento de amor. En los pasos procesionales se ven Cristos que lloran lágrimas de vidrio, de cera, de luz. Y en esas lágrimas resplandece algo parecido a un diamante: la certeza de que ni el dolor ni la muerte tienen la última palabra.

Cristo llora diamantes porque las lágrimas del inocente brillan más que todas las piedras preciosas del mundo. Y porque, al llorar, Cristo abre un camino de esperanza para quienes lloran:

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados” (Mt 5,4).

Lloramos porque en la era de la inteligencia artificial, lo verdaderamente humano, oh paradoja, es el límite, la debilidad, la vulnerabilidad. Eso que englobamos bajo la expresión “profunda humanidad” y que es tanto más profunda cuanto más toca la herida, el límite, pero también es más humana cuanta más luz entra por esa grieta. Cristo llora diamantes. Mi Cristo.

Que no es un héroe, sino el hijo de Dios que se commueve ante mi sufrimiento. Cuando la ostra es herida se convierte en perla. Allí donde la ostra es vulnerada, donde su cuerpo blando recibe una incisión que no buscó (un grano de arena, un diminuto fragmento de concha, una partícula extraña arrastrada por la corriente), allí es donde comienza un proceso de defensa que, con el tiempo, se convertirá en maravilla, en perla preciosa. La respuesta de la ostra es una forma sorprendente de inteligencia natural (una forma que, dicho sea de paso, es tan probable que sea fruto del azar como es de probable que a cada uno de nosotros nos toque diez años seguidos la Lotería de Navidad). Esa inteligencia natural envuelve el cuerpo extraño con capas finísimas de nácar, que ella misma produce. El nácar está compuesto por microscópicos cristales de aragonito y una matriz orgánica que actúa como cemento. Al depositar capa tras capa, con paciencia biológica, la ostra transforma el foco de irritación en objeto suave, redondo y brillante. Cada una de estas capas es un pequeño acontecimiento de resistencia silenciosa. La ostra no escapa del dolor, sino que lo recubre. No niega la herida, sino que la trabaja, en un proceso lento que puede durar meses e incluso años. La ostra no convierte el mal en bien por magia, sino por fidelidad a su naturaleza más íntima. La perla no es solo ni principalmente un adorno. Su naturaleza más íntima nos revela que es todo un monumento al misterio de la transformación. ¿No será la herida, que puede ser transformada en belleza, aquello que es singular, genuinamente humano? ¿No será en este sentido más humano el homo patiens que el homo sapiens? Hay robots humanoides que “razonan” mejor que nosotros, IAs que nos superan a la hora de hacer los trabajos más mecánicos, que son capaces de generar incluso poemas de nivel. No hay robots esperanzados, cuya esperanza brote de una fraternidad que sostiene en la herida luminosa.

Porque Cristo llora, pero no llora cualquier cosa, llora diamantes. Los diamantes son aquí el elemento que introduce una hermosa tensión poética. La lágrima, expresión de fragilidad, se convierte en piedra preciosa, signo de valor, pureza y eternidad. El diamante es incorruptible, como la gracia divina; es fruto de la presión, como la virtud que nace en la prueba. El diamante además permanece. Es lo que permanece y dura en medio del cambio. Como la isla del tesoro, en medio de las aguas. Como la cueva del tesoro, en el desierto.

Las lágrimas de Cristo son fuente de esperanza porque revelan su cercanía al dolor humano. Convertir lágrimas en diamantes implica transfiguración, anticipando la gloria de la resurrección. El diamante, además, es símbolo de luz: refracta y multiplica la claridad. Así, las lágrimas de Cristo no oscurecen, iluminan. Son lágrimas que abren camino, que anuncian victoria.

La esperanza cristiana no es optimismo ingenuo, sino certeza en la promesa de Dios. San Pablo la define como «esperar contra toda esperanza» (Rm 4,18). En el contexto del verso, Cristo que llora no es signo de derrota, sino de amor que salva. Los diamantes son imagen de la gloria futura: la cruz no es el final, sino el umbral de la vida eterna.

La esperanza cristiana se alimenta de la contemplación del Crucificado. Sus lágrimas son consuelo para quienes sufren, porque revelan que Dios no es indiferente al dolor humano. Como dice el Papa Francisco: «La esperanza cristiana no decepciona porque está fundada en el amor de Dios» (cf. Rm 5,5). Esta esperanza se traduce en paciencia, en fortaleza, en alegría serena incluso en medio de la prueba.

La imagen sugiere que el sufrimiento de Cristo no es estéril, sino fecundo; no conduce a la desesperanza, sino a la belleza y a la salvación. Esta metáfora condensa la paradoja cristiana: la cruz, signo de muerte, se convierte en fuente de vida.

En los Evangelios, encontramos dos momentos en los que Jesús llora: ante la muerte de Lázaro (Jn 11,35) y sobre Jerusalén (Lc 19,41). Sus lágrimas son signo de amor y compasión. No son lágrimas de impotencia, sino expresión de una humanidad que se solidariza con el dolor. «Jesús lloró» (Jn 11,35) es el versículo más breve y, quizás, uno de los más profundos: revela que Dios no es indiferente al sufrimiento humano.

En la imaginería cofrade, el Cristo que llora es una figura que commueve profundamente. Sus ojos de cristal, sus lágrimas talladas, son más que elementos decorativos: son catequesis visuales. Cada lágrima es una invitación a la conversión, a la esperanza. Rosalía,

La hermandad no elimina el dolor, pero lo acompaña. En palabras del Papa Benedicto XVI: «La esperanza necesita compañeros». Los cofrades son esos compañeros que sostienen la cruz unos de otros, que convierten la soledad en comunión. La esperanza cristiana es, en última instancia, la certeza de que las lágrimas no son eternas. Que un día «enjugará Dios toda lágrima de sus ojos» (Ap 21,4). Mientras tanto, esas lágrimas pueden ser diamantes: signos de belleza en medio de la prueba, destellos de eternidad en la noche del dolor. Esa noche oscura, la noche del dolor que no podemos evitar. En su Jesús de Nazaret, Ratzinger nos pregunta a bocajarro. ¿Qué ha traído Jesús al mundo? ¿El fin de las guerras? ¿El fin del hambre en el mundo? ¿Un Estado de bienestar sostenible y justo para todos? Evidentemente, todo eso, no lo ha traído. Al menos a día de hoy, no parece haber llegado. Jesús nos ha traído a Dios, lo que sucede es que a nosotros eso nos parece poco.

Un cofrade que mira a Cristo llorar diamantes entiende que la esperanza no es ingenuidad, sino resistencia luminosa. La esperanza cristiana es la convicción de que el amor puede más que la muerte, y por eso “la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron” (Jn 1,5).

La procesión es una parábola de esta verdad: Cristo sale de noche, en silencio, rodeado de velas. Llora, pero no llora solo. Y sus lágrimas tocan la vida de quienes lo siguen. El cofrade carga a un Cristo que llora diamantes porque quiere decirle con su cuerpo: “Tus lágrimas no se perderán”. San Pablo lo resume así: “La esperanza no defrauda” (Rom 5,5).

3. TE LLEVO, TE LLEVO SIEMPRE

Si el huracán bello nos hablaba de la iniciativa de Dios y los diamantes del Cristo nos hablaban de su amor doliente, el tercer verso nos introduce en la reciprocidad del amor cristiano: Dios nos lleva, y nosotros le llevamos. Este es el misterio más profundo del convivir cofrade.

Jesús nos lleva: “En la palma de mis manos te llevo” (Is 49,16).

Y nosotros lo llevamos: “Llevamos este tesoro en vasijas de barro” (2 Cor 4,7).

Ese intercambio es la esencia de la espiritualidad cofrade. Cuando el costalero agacha la cabeza y se ciñe el costal, está diciendo sin palabras: “Te llevo siempre”. Y Cristo, desde dentro del corazón del cofrade, responde: “Yo te llevo primero”. Es el mismo dinamismo del Buen Pastor: “Él cargó sobre sí nuestras debilidades” (Is 53,4) y al mismo tiempo nos invita a cargar su yugo, que es ligero (Mt 11,28–30). El “te llevo siempre” revela la fraternidad en acción: unos se llevan a otros, unos se sostienen a otros, unos se levantan a otros. Por eso Jesús instituyó el mandamiento nuevo: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 13,34). Amar es llevar. Llevar es esperar. Esperar es caminar juntos. El “te llevo siempre” es el eco humano del “no temas, yo estoy contigo” (Is 41,10).

Llevar: implica movimiento, responsabilidad, cuidado. No es solo transportar, es acompañar, sostener, hacerse cargo. En la vida cristiana, llevar significa asumir la cruz, cargar con el hermano, ser soporte en la fragilidad.

Siempre: introduce la dimensión de permanencia, fidelidad, amor incondicional. No se trata de un gesto puntual, sino de una actitud constante.

Siempre es siempre. Hasta el infinito y más allá, que decían en Toy Story. Hasta la vida eterna. Ser hermanos de verdad para facilitar que el hermano llegue al cielo. Esa es la misión primera y principal. Hasta la vida eterna. La vida eterna, en última instancia, es fuente de fraternidad y por lo tanto de esperanza. Conmueven las últimas palabras que escribió Cervantes, un 16 de abril de 1616, pocos días antes de morir: "Mi vida se va acabando. Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida! Esa misma esperanza que rezuman los versos de Enrique García Máiquez en su brutal y emocionante epitafio a una joven madre, que no es una madre cualquiera, sino que tiene rostro, nombre y apellidos concretos. Se llama Cristina Moreno y el poema/epitafio dice así: NO, no te sea leve la tierra en que reposas / ni tampoco tranquila. No estás acostumbrada. / Que sobre ella retumben cada día más firmes / los pasos de tus hijos y el ruido de sus risas.

Te llevo, te llevo siempre. Es esto. Hasta el Cielo, si Dios quiere, hermano. La fuerza del verso reside en esta reciprocidad: somos llevados y llevamos, somos sostenidos y sostenemos. En esta dinámica se juega la esperanza.

Cristo es el Buen Pastor que carga sobre sus hombros a la oveja perdida (Lc 15,5). Esta imagen revela la ternura de Dios: no señala desde lejos, sino que se inclina, toma sobre sí el peso del otro y lo lleva a casa. «*Ti porto sempre*» podría ser pronunciado por Cristo mismo: *te llevo siempre, no te suelto, no te abandono.*

La esperanza cofrade puede parecer que se funda en llevar, pero volvemos a la lógica anterior, se funda primero en ser llevado, en la certeza de que Dios nos lleva. «Hasta la vejez yo seré el mismo, yo os sostendré» (Is 46,4). Esta promesa se traduce en confianza: aunque el camino sea duro, hay Alguien que nos porta siempre.

Por supuesto la esperanza cristiana, y por lo tanto la cofrade, no es pasiva. Quien es llevado, lleva. Quien recibe consuelo, consuela. «Consolad a los que están tristes con el consuelo con que vosotros habéis sido consolados» (2 Cor 1,4). Así, el verso «Te llevo siempre» puede ser pronunciado por Dios y por el creyente, en una relación de reciprocidad que se traduce en vida fraterna.

Cada costalero lleva, pero también es llevado por la comunidad. El esfuerzo físico se convierte en oración, en ofrenda, en gesto de amor.

Las cofradías son escuelas de esperanza. Allí se aprende que la vida cristiana no se vive en solitario, que la cruz se comparte, que el peso se aligera cuando se lleva juntos. Esta experiencia es profundamente evangélica: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo» (Mt 18,20). Cristo está presente en la fraternidad que lleva y se deja llevar.

(SUENA AQUÍ LA SEGUNDA PARTE DE LA CANCIÓN)

CONCLUSIÓN: TRES VERSOS PARA UNA SOLA CANCIÓN, PARA UNA SOLA SPERANZA

Necesitamos cofrades que comprendan la profundidad de su misión. Que vean en la tradición no un peso, sino un tesoro. Cristo vivo en medio de su pueblo. Porque la cofradía no es un museo, es una comunidad en camino. Y ese camino exige compromiso, oración y servicio.

Si unimos los tres versos analizados, obtenemos una síntesis preciosa de la fe cristiana y de la vocación cofrade

Dios es el huracán bello que nos descoloca para salvarnos.

Cristo es el que llora diamantes, el que convierte el dolor en brillo de salvación.

Y nosotros somos los que decimos “te llevo siempre”, porque Él nos lleva primero.

En estos tres movimientos: asombro, compasión, fraternidad, se sostiene toda la esperanza cristiana. El cofrade los vive cada año: se estremece ante la belleza, acompaña el dolor que salva y camina llevando a Cristo con sus hermanos.

Esa es la joya más pura, más firme, más eterna. Esta es nuestra / vuestra Esperanza: Cristo nos lleva siempre, y por eso nosotros podemos llevarlo siempre.

Y así, en cada paso, en cada levantá, en cada lágrima y en cada vela, se cumple la promesa: “Los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas” (Is 40,31).